

la tierra/ asistiendo a mi propio entierro», «yo, desde fuera de la carne,/ impasiblemente lo veo» (TSN 57). Se explotan fórmulas asociadas al rito funerario («Réquiem», «Epitafio a la muerte de un poeta»); encontramos visiones de ultratumba («El muerto»). Y presenciamos con él su propio entierro en esa magnífica alegoría titulada «Mis hijos me traen flores de plástico», donde asistimos a un retrato naturalista de la muerte y sus estragos en el cuerpo, pero no sólo como descomposición física sino como olvido irremediable, carencia de luz y palabra: «Aquí me dejan bajo tierra. Es una tarde de febrero./ Todo es negro cuando se van. Y mudo.» (LA 456). Es significativo que Luis García Montero interprete esta matriz presente en Hierro como rasgo epocal: «La poesía se puebla de cuerpos vacíos y muertos vivientes por culpa de esta crisis social de la modernidad convertida en crisis subjetiva», y despliega ejemplos decisivos: «son los *asesinados por el cielo* de García Lorca, los *hombres deshabitados* de Rafael Alberti, los *cuerpos vacíos* de Cernuda, los *muertos terribles* de Pablo Neruda...»<sup>10</sup>.

Este fracaso adopta en la obra de Hierro diversas formulaciones y configura una crónica de sucesivas decepciones. El hastío, la derrota, la inutilidad de la lucha, el agobio de la historia, la irremediable soledad, son formas terminales de un vencimiento inexorable que en el volumen total de esta poesía configuran una visión disolvente de las esperanzas y luchas simultáneamente construidas en el texto. Es «una muerte anticipada» que recluye al hombre «a su soledad inevitable» (CPCV 177). Una agonía que comprueba que «el terso sueño/ se ha roto. Ya no hay caminos.» (CPCV 199), para admitir su humana precariedad: «Yo, José Hierro, un hombre/ que se da por vencido/ sin luchar» (Q42 237). El resultado existencial de esta derrota es el hastío de vivir y la impotencia que lo inmovilizan: «¡Qué cansancio, Dios mío,/ de todas las cosas!» (Q42 308), hasta culminar en esos versos descorazonadores: «Ya no me importan nada/ mis versos ni mi vida» (LA 466). Esta visión derrotista genera un creciente escepticismo ante la posible existencia de una verdad que justifique los esfuerzos (LA

<sup>10</sup> Luis García Montero: «José Hierro y sus circunstancias», *La estafeta del viento* no.3, primavera-verano 2003, pp. 23-31.

456). La imagen resultante es la de un hombre que ha sido despojado de todas las amarras que lo sujetaban a la vida, muerto en vida no por el paso acelerado de un tiempo existencial sino por el profundo sinsentido al que lo arroja el fracaso acumulado de sus ideales.

Si el diseño de la instancia social construyó un credo político y poético basado en la actitud de denuncia y testimonio, la solidaridad colectiva y la proclamación de la lucha contra las fuerzas opresoras, otras instancias discursivas oponen una perspectiva escéptica que relativiza toda certeza y se aleja de todo fundamentalismo. El balance nos muestra a un poeta que apenas puede aferrarse a un puñado de valores y palabras íntimas, y por ello reivindica su estatura ordinaria de hombre común, cifrada en su nombre propio, animándose sólo a formular inquietantes preguntas sin respuesta: «¿Qué haces mirando a las nubes,/ José Hierro?» (CSM 373). En el nombre deja cifrado su ser hombre. Como él mismo afirmara tempranamente: «cuando la vida de afuera se impone, las diferencias entre el poeta y el hombre a secas se borran [...y] él es también un hombre como todos»<sup>11</sup>.

¿Ya no sirve el fácil rótulo de «social» para clasificar su propuesta, alineada generacionalmente con las otras voces relevantes de los años 40 y 50 en adelante? O quizás conviene, antes de desestimar lecturas críticas aún valiosas, recuperar el ejercicio del matiz en nuestras sanciones académicas, a menudo excesivamente rígidas y unilaterales. Admitir la complejidad de esta formación discursiva, supone abrir la puerta a posiciones heterodoxas y gestos a menudo ambivalentes, reconociendo una pertenencia multifocal, no monolítica. En oposición a los dictámenes facilistas de los epígonos, Hierro se preocupa -en el mismo acto de construcción de una «palabra como testimonio»- por relativizar todo absolutismo, aun el que postula la poesía como «arma» infalible. Nos invita a combatir el fundamentalismo del dogma y el mesianismo de los falsos profetas y a afrontar el peligro de la humana contradicción, corporizándola en una voz que duda, siempre perpleja, siempre en tensión y búsqueda de respuestas. Su «ortodoxia» social es en realidad un modo de disenso heterodoxo a tales

---

<sup>11</sup> J. Hierro: «Prólogo» a sus *Poesías escogidas* (Buenos Aires: Losada, 1960).

simplificaciones, sin abdicar sin embargo de su consagración a una poesía cercana a los hombres y su historia. A través de los años, él seguirá pronunciando su nombre propio para conjurar la huida del poeta a Parnasos inalcanzables, y para cobijarnos bajo su humanísima figura de hombre común y corriente como todos, con derecho tanto a la fe como al desaliento: «Estoy aquí. Me muevo, / vivo. Me llamo José/ Hierro.» («Fe de vida», en *Alegría*, 153) ©

